

VIDA MUNDANA ; véase: RICO AVARIENTO.

VIEJOS; véase: ANCIANIDAD.

VIGILANCIA.

Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.

Al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró zizania en medio del trigo.

(MATTH. XIII, 25.)

En este lugar, como en otros varios, el Evangelio nos habla del campo y del trigo, pero de trigo mezclado con zizania. El dueño del campo sembró en la estación más propicia trigo escogido, y destinó algunos hombres á guardar el sembrado: mas los guardas, cansados de velar, se dormieron. Esto bastó para que el enemigo, aprovechando la ocasión, se introdujese en el campo y sembrase encima del trigo abundante zizania: *Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.* Este campo, segun dice el mismo Jesucristo, es el mundo, donde hay hombres buenos y hombres malos. Los buenos son representados por el trigo, y los malos por la zizania. Dios no cesa nunca de derramar sobre este místico campo la preciosa semilla de su gracia para que dé frutos de justicia y santidad; pero al mismo tiempo el enemigo de nuestra alma procura derramar sobre él la perniciosa semilla de la zizania, para que produzca frutos de iniquidad. Es evidente que con esta parábola, Jesucristo se propuso inculcarnos el deber que tenemos de velar atentamente por la seguridad de nuestra alma, que Dios ha puesto bajo nuestra vigilancia. La necesidad de la vigilancia cristiana, ved aquí, pues, oyentes míos, el importante asunto que me propongo tratar en el presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me atreveré á decir si los guardas del campo evangélico sabían que hubiese en las inmediaciones algun enemigo, y que durmiéndose, pudiesen darle favorable ocasión de ejecutar sus perversos desig-

nios en perjuicio del amo. Si lo sabían, merecían, en verdad, las más severas repreciones y el castigo más riguroso por haberse dormido. Pero á mí no me importa, oh cristianos, investigar la conducta de aquellos hombres, sinó examinar y ponerlos de manifiesto la vuestra, para que veais si en la custodia de vuestra alma procedéis ó nó con el celo y la solicitud que os recomienda el divino Maestro. Vosotros no podeis ignorar que teneis á vuestro alrededor muchos y temibles enemigos, y que vuestro campo está situado en medio de espesos y sombríos bosques, guarida de infames raptos que están aguardando la noche y la hora del sueño para salir de sus madrigueras y causaros gravísimos daños. Mas, sin embargo, cuando veo que pasais tantas horas descansando tranquilamente, me inclino á creer, que pensais que vuestros enemigos están léjos de vosotros, siendo así que os están sumamente cercanos. Pues sabed que cuantas cosas sensibles veis al rededor vuestro, pueden ser otros tantos traidores enemigos y sembradores de zizania. Y mientras que éstos desde sus escondrijos están acechando la ocasión de echárseos encima, ¿se la facilitaréis vosotros mismos con vuestro culpable descuido? Estos terribles adversarios los tenemos con frecuencia en nuestras mismas casas y entre las personas más allegadas; pues como dijo Jesucristo, en confirmacion de una sentencia profética, los enemigos del hombre son los de su casa: *Inimici hominis domestici ejus* (MATTH, X). Las personas unidas con los más estrechos vínculos de la sangre se hacen muchas veces una guerra cruel; y bajo la mentida apariencia de la amistad, se ocultan las más grandes felonías. ¡Cuántas veces, decía San Juan Crisóstomo, la mujer puso lazos á su marido, y los amigos y los hijos se arruinaron mutuamente! *Sæpe uxor ipsa non advertentibus laqueus facta est, sæpe filii, amici sæpe.* La casa de David ofreció una tristísima prueba de esto en la persona del incestuoso Amnon, cuando con inaudita osadía violó á su hermana Tamar. Además, tenemos nosotros un grande enemigo en nuestra rebelde carne, que, corrompida por el pecado, nos inclina continuamente al mal: *Hic hostis*, escribía San Jerónimo, *hic hostis in nobis inclusus est, quocumque pergimus, portamus inimicum.* Y lo peor es, que nos vemos obligados á sustentar á este enemigo con los mismos alimentos que tomamos para nuestra subsistencia, viniendo de este modo á darle mayor fuerza y vigor para combatirnos. Ni podemos esperar nunca paz ni tregua alguna de su parte; porque nace con nosotros y nó nos abandona hasta la muerte. Hay en nuestro mismo cuerpo varias puertas, por las cuales, si no las tenemos bien custodiadas, entra el enemigo y causa gravísimos y tal vez mortales daños al alma. Puede entrar por los ojos, por medio de

las miradas; y ¡ay de mí! ¡qué de estampas y pinturas lascivas, qué de libros obscenos, qué de objetos injuriosos vemos hoy por todas partes con riesgo inminente de nuestra honestidad! Puede entrar por los oídos, con los discursos maliciosos, con los grandes errores que hoy día se propalan en materias de religion, con los vocablos equívocos, con las máximas impías, con las tiernas palabras proferidas para inspirar esperanzas pecaminosas. Puede entrar por medio de la lengua con la murmuración y las malas conversaciones; puede entrar en fin, por todos los sentidos, si no custodiais atentamente estas puertas del alma, poniéndoles guardas vigilantes y no soñolientos como aquellos de que nos habla el Evangelio.

Vuestras pasiones, vuestras malas inclinaciones, vuestras perniciosas costumbres, que se ocultan dentro de vosotros, son otros tantos malignos sembradores de zizaña. Teneis que luchar con enemigos astutos y maliciosos, que se cubren con mil diversos disfraces para no ser conocidos y realizar así más fácilmente sus perversos intentos. Vosotros decís, que el ódio que teneis á determinadas personas no es más que una natural antipatía ó contraposición de caracteres; pero yo os digo, que semejante aversión es un enemigo que ha sembrado ya en vuestro corazón la semilla de la enemistad. Y sinó ¿por qué cuando las veis os hierva la sangre en las venas? ¿por qué evitais su encuentro y no las devolveis el saludo? ¿No es verdad que os alegráis cuando les acontece alguna desgracia, y experimentais un verdadero sentimiento cuando son dichosas? ¿No es cierto que cuando oís hablar mal de ellas, tomáis al punto la palabra para aumentar su descrédito? Ahí teneis, pues, un enemigo, un traidor, un sembrador de zizaña, que ha infestado vuestro corazón con el veneno de la ira, del ódio y del rencor. Si no lo veis, será menester decir que estais, no ya dormidos, sinó profundamente aletargados. Llamais natural simpatía y pura amistad al amor que profesais á tal ó cual persona de distinto sexo. Pero si es así, decidme: ¿por qué pensais tanto en ella? ¿por qué hablais de ella con tanta frecuencia, y pasais tantas horas á su lado? Por otra parte, ni las miradas que le dirigís son las más castas, ni el lenguaje ni el trato que con ella usais tienen nada de reservados. No pensais más que en agradarla; sus deseos son para vosotros leyes imperiosas; sus mandatos, señalados favores. Para vosotros no es más que honesta y necesaria parsimonia la que otros llaman codiciosa avaricia. Pero pregunto; ¿qué viene á ser ese afán continuo que mostrais por aumentar vuestro caudal, esa sed inextinguible de riquezas? Nunca estais contentos con lo que teneis, y no pensais más que en aumentar la suma de vuestros bienes. Vuestras esposas y vuestros

hijos se quejan de la grande estrechez con que les haceis vivir; vuestros acreedores y operarios se vén en mil apuros para lograr el percibo de sus créditos; los pobres de Jesucristo, á duras penas y muy de tarde en tarde obtienen de vuestras avaras manos una miserable limosna: cuando dais un óbolo, parece que os lo arrancan de las entrañas. Pues yo os digo que estos y otros muchos defectos vuestros son otros tantos enemigos, que, aprovechándose de vuestro sueño, se han introducido ya en vuestro campo y han sembrado en él á manos llenas la funesta zizaña. Vosotros no lo advertís, porque estais dormidos; mas si Dios algun día os hace la gracia de despertaros, ¡cuál será vuestro dolor, cuál vuestro arrepentimiento, cuando veais el campo todo cubierto de malas yerbas! cuando veais vuestra alma llena de vicios y pecados, y vacía de virtudes y buenas obras! ¡Oh hermanos míos! abrid ahora los ojos y estad en vela, porque teneis que pugnar con enemigos maliciosos, que escogen precisamente la hora del reposo para llevar á cabo sus traidores intentos. ¡Desgraciados campos, es decir, desgraciada la mente y desgraciado el corazón de aquellos cristianos que de todo se fian, que nada temen ni sospechan, y por esto se entregan al sueño! Campos miserables, que aún más que al del Evangelio se parecen al de aquel perezoso, que nos describe el Espíritu Santo, sembrado todo de ortigas y maleza! Pues semejante á éste será también el vuestro, hermanos carísimos, aunque ahora, por la gracia de Dios, germine en él el buen grano y prometa abundante cosecha, si cesais de vigilar y os dejais sorprender por el sueño, como los soñolientos guardas de la parábola evangélica. Por tanto, vigilad, repito, y estad atentos, porque un solo momento de descuido basta al enemigo para realizar los inícuos proyectos que sin cesar está meditando contra vosotros. Pero volvamos á nuestro asunto.

2. La zizaña que crece ufana y soberbia en el campo evangélico, impidiendo la germinación del grano que tiene al lado, ¿á quién debe su pujanza y ufania? ¿A la fuerza, al valor del enemigo que la sembró, ó á la felonía de los guardas del campo? No, sinó al sueño á que éstos se entregaron, cansados de velar: *Cum dormirent homines, venit inimicus*. ¡Tan cierto es, que un pequeño descuido causa muchas veces la ruina del campo, es decir, la perdición del alma! El demonio, figurado por el hombre enemigo de que habla el Evangelio, no pide ni necesita mucho, pues con poco tiene bastante para enseñorearse de vuestra alma y colmarla de vicios. No os pide el alma, nó; porque sabe que os horrorizariais al oír semejante petición y la rechazariais indignados. Ni tampoco juzga conveniente valerse de la fuer-

za, porque prevé que le opondríais una vigorosa resistencia y le obligaríais á retirarse avergonzado. No pide ni necesita tanto: bástale que se duerman un poco los guardas que deben velar por la seguridad del alma, tales como la mortificación de las pasiones, la custodia de los sentidos, la frecuencia de los sacramentos, la asistencia á la predicacion, el retiro del mundo, y las prácticas de devocion. Más claro: le basta que disminuyais un poco vuestro fervor, que descuidéis la práctica del bien, que seais algo tibios y remisos en el servicio de Dios, para introducirse en vuestro espíritu y hacerse dueño absoluto de él. Tenemos repetidos ejemplos de esto en las sagradas Escrituras. Una sola mirada indiscreta bastó al demonio para introducir en el corazon de David la tentacion de la deshonestidad, que no tardó en producir aquel nefando adulterio con que el infeliz monarca provocó contra si el enojo de Dios. Una pequeña y no corregida inclinacion á las mujeres extrañas, bastó tambien al maligno espíritu para infundir en el corazon de Salomon aquel criminal amor, que en breve le condujo á negar el Dios de sus padres, y á doblar sacrílego las rodillas ante los falsos dioses gentílicos. Un pequeño y descuidado apego al dinero bastó igualmente al infernal enemigo para llenar el corazon de Judas de aquella desenfrenada avaricia, que le arrastró hasta el extremo de vender por unas pocas monedas á su divino Maestro.

Pero ¿qué necesidad tenemos de aprender con los ejemplos ajenos lo que podemos aprender con nuestra propia experiencia? ¿No puedo yo, por ventura, decir á muchos de vosotros, como los guardas al dueño del campo evangélico, *nonne bonum semen seminasti in agro tuo?* ¿no sembrasteis buen trigo en vuestro campo? ¿No recibisteis una cristiana educacion, que llenó vuestro entendimiento de santas máximas, y vuestro corazon de virtuosos afectos? Por otra parte, la laudable frecuencia con que recibisteis los sacramentos, la consideracion de las cosas santas, el ejercicio de la oracion, la asistencia á la predicacion, á la doctrina cristiana y otras piadosas prácticas, ¿no vinieron despues á fecundizar las semillas que tan lozanamente empezaron á germinar, prometiendo abundante cosecha de buen grano? ¿Cómo, pues, ha venido á cubrirse vuestro campo de zizaña? *Unde ergo habet zizania?* Esto es obra de la insidiosa mano del enemigo: *Inimicus homo hoc fecit.* Pero ¿cómo, cuándo ha podido causar tanto daño? ¿Os acordais de aquel tiempo en que os entregasteis al sueño, es decir, de aquel tiempo en que dejasteis de mortificar vuestros sentidos y pasiones, y fuisteis remisos en la práctica del bien? Pues entonces fué cuando el enemigo entró en vuestro místico campo y sembró en él la mala semilla, esto es, las tentaciones, las cuales produje-

ron en breve por frutos abundantes vicios y pecados. Si; aquellos momentos de tibieza y negligencia fueron la ocasion propicia para el enemigo y fatal para vosotros. Una simple curiosidad de ver ó de oír, la momentánea omision de las prácticas piadosas, la asistencia á un baile ó á una funcion de teatro, no os parecian cosas muy malas, ni lo eran quizás por sí mismas, pero viniéronlo á ser por sus funestas consecuencias. Y es, que al astuto tentador del género humano le basta con poco para obtener mucho; de manera que para no ser víctimas de sus asechanzas, es menester que vivamos con suma vigilancia. El demonio es maligno por naturaleza; mas si somos vigilantes, es incapaz de causarnos mal alguno.

Sobre todo os encargo, que veleis muy particularmente en tiempo de loca alegría, cuando el mundo os brinda con diversiones y pasatiempos, y de esta manera os excita al sueño, dando así al demonio tiempo y ocasion para apoderarse de vuestras almas. Si, carísimos hermanos; los placeres y diversiones tienen la fatal propiedad de embriagarnos y adormecernos: son para el alma un poderoso narcótico que debilita sus fuerzas y la sepulta en el sueño, poniéndola de este modo á merced de su mortal enemigo. Sisara, el infortunado Sisara, famoso capitán, terror de los enemigos, pereció á manos de una débil mujer. ¿Y sabeis cuál fué la cuasa de su desgracia? El profundo sueño á que voluntariamente se entregó. Si hubiese estado despierto, léjos de temer á su agresora, se hubiera burlado de ella. Pero Jael, supliendo con su astucia las fuerzas de que carece, escoge el momento oportuno y seguro para la ejecucion de su intento. Recibe obsequiosa en su tienda al incauto Sisara, el cual, rendido por las fatigas de un largo viaje, se tiende en el lecho. Cúbrela con un manto, y so pretexto de templar su ardiente sed, dále una taza de leche para mejor conciliarle el sueño. En efecto, duérmese el guerrero profundamente, y entónces coje Jael un gran clavo y le atraviesa con él la cabeza, dejándole muerto instantáneamente. Guardaos, carísimos hermanos, de aplicar los labios á la copa fatal, llena de soporífera leche, que el mundo os ofrece; porque si la bebeis, caereis en un funesto letargo que os hará esclavos de Satanás, el cual os quitará la vida espiritual y os dispondrá á incurrir en la muerte eterna. Estando en vela, podreis prevenir y rechazar sus acometimientos; mas ¿cómo os será esto posible si estais dormidos? De nada os servirá entónces vuestra destreza y maestría en el manejo de las armas espirituales; porque por diestros y animosos que sean los guardas, bástale al demonio que se duerman un poco, para entrar en el campo y sembrarlo de zizaña.

Algunos dicen : si el demonio consiguere ahora sembrar la zizaña en mi campo, la extirparé. Pero decidme, los que así habláis; ¿es prudente que os expongais á caer en las manos del eterno enemigo de vuestra alma, por más que os propongais sacudir dentro de un plazo más ó ménos largo el yugo de tan ominosa esclavitud? Supongamos que tuvierais en vuestro poder un bálsamo eficazísimo para la curación de toda especie de heridas; ¿os heririais de intento para experimentar su virtud? No, decís, esta sería la mayor de las locuras. Pues ¿por qué dejais de ser cuerdos solamente cuando se trata de los intereses del alma? ¡Extirparé los vicios!... ¡Ah! nada es tan fácil como prometer, nada tan difícil y raro como cumplir lo prometido. ¿Quiénes son los que en tiempo de cuaresma se consagran á la penitencia y á la santificación? Los que en lo restante del año vivieron más apartados del estrépito y de las locas diversiones del mundo; mientras que los que más desenfrenadamente se entregaron á los desórdenes del carnaval, son los mayores profanadores del ayuno, de la penitencia, del recogimiento y de todas las santas prácticas de austeridad que la Iglesia nos prescribe entónces para nuestra conversión. En la cuaresma purificaré mi alma de toda mancha pecaminosa... Pero ¿no sabéis que para esto necesitais el auxilio de la divina gracia, y un auxilio vigoroso, eficaz y particular? ¿Y es de esperar que Dios, habiéndoos mostrado indiferentes é ingratos para con él, os abra los tesoros de su gracia y os permita disponer libremente de ellos? ¡Ah, hermanos míos! es más fácil impedir que nazca la zizaña en el campo, que extirparla después de haber nacido.

El Evangelio no nos dice qué fué de los soñolientos guardas del campo, ni si fueron reprendidos y castigados por su falta de vigilancia; pero sí nos dice lo que se hizo con la zizaña. Se la dejó en el campo hasta el tiempo de la siega, y entónces fué arrojada al fuego. ¿Quereis, dijeron los siervos al amo, quereis que vayamos á arrancar la zizaña: *Vis, imus, et colligimus ea?* No, respondió el amo, dejadla crecer: cuando llegue el tiempo de la cosecha mandaré á los segadores que la aten en manojos y la echen al fuego. ¡Ay de mí! ¿cuántas veces vemos realizada en la práctica esa terrible parábola! Dios, en sus inexcrutables y tremendos juicios, deja á veces que la zizaña crezca y se multiplique hasta el tiempo de la siega; esto es, permite que muchos pecadores se vicien y corrompan, vivan y mueran obstinados y duros en sus pecados: ¡castigo horrendo, y más frecuente de lo que algunos piensan! Quisiera poderos conducir, hermanos míos, al campo de semejantes cristianos, para que vierais como la zizaña sembrada por el enemigo se desarrolla y crece con

maravillosa pujanza; para que vierais cuán difícil es reparar los excesos cometidos.

De lo dicho podeis inferir, oyentes míos, la necesidad grandísima que teneis de velar atentamente. La multitud de los enemigos que os acechan y la facilidad con que pueden dañaros, hacen que debais considerar la vigilancia cristiana como uno de vuestros más imperiosos deberes. No os diré: huid; porque en vano huiriais de unos enemigos, que estando dentro de vosotros mismos, os siguen y acompañan á todas partes. Velad, pues, velad, amados hermanos. Si quereis conservar intacto el campo confiado á vuestra solicitud, y coger á su tiempo ópimos frutos, sed vigilantes, y guardaos Dios de dejaros sorprender por el sueño. Velad sobre las personas con quienes habeis de tratar por necesidad ó por conveniencia; porque muchas de ellas son sembradoras de zizaña, que tienen las manos llenas de mala simiente y esperan que os durmais para sembrarla en vuestro corazón. Velad sobre vuestros pensamientos, no sea que haya también entre ellos algun sembrador de zizaña. Velad muy particularmente sobre los afectos de vuestro corazón; porque ¿cuántos de ellos pueden convertirse en enemigos vuestros y llenar vuestro campo de mala yerba! Vigilad siempre, para que el día de la cosecha, es decir, en la hora de la muerte, no seais atados en manojos como la zizaña, y arrojados para siempre al horrendo fuego del infierno.

VIGILIA; véanse los tratados: **ABSTINENCIA** y **AYUNO**.

VIRGEN: Véase: **VIRGINIDAD**;—**MUJER** considerada como doncella, y **DONCELLAS**.